



Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Tellen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

# LA MAGIA DE SER NIÑO

Comentarios sobre  
*Don Travesuras y Don Prisas*<sup>2</sup>

SONIA GOJMAN

Los cuentos de los Señores Dones de R. Hargreaves, tan divulgados en nuestro medio, representan una excelente alternativa para introducir a niños muy pequeños a la lectura. Considero que lo son en tanto que desde antes de cumplir los dos años de edad se ven atraídos por el mundo de las letras, llamando su atención no sólo las ilustraciones –sencillas pero llenas de color y buen gusto– sino también las pequeñas tramas que, al tiempo que los hacen reír, alimentan diálogos interiores, un examen reflexivo y respetuoso de sus sentimientos. Como hemos comentado ya en otras ocasiones, una parte muy importante de la función de los adultos para favorecer el desarrollo emocional y permitir a los niños una comunicación significativa es, como lo ha sugerido Guinot,<sup>3</sup> el poner en palabras lo que sienten.

<sup>2</sup> Roger Hargreaves. *Don Prisas y Don Travesuras*. México, Novarro, 1984.

<sup>3</sup> Puede verse Guinot Haim. *Maestro-Alumno*. El ambiente emocional para el aprendizaje. México, Editorial Pax-México, 1972 o del mismo autor *Padres liberados hijos liberados*, Editorial Diana.



Me referiré en este caso, brevemente, a dos de los Señordones que más conozco y que encontrándose muy difundidos como cuentos para niños representan estupendamente los opuestos en la vida de nuestros niños de ciudad. Refleja seguramente cómo la vida cultural y cotidiana se aleja en las urbes cada vez más de nuestras tradiciones nacionales. Cómo ingresa, en los hechos, al mundo de la producción sin fronteras y sin detenerse en las especificidades de las costumbres más auténticas: Se trata de Don Travesuras y Don Prisas, los polos opuestos de una realidad presente, nos guste o nos disguste.

Don Prisas es, de hecho, alguien que no hace nada bien y que los niños de las grandes ciudades “modernas”, aunque sean mexicanos, conocen a la perfección. En el relato encuentran, jocosos, la oportunidad de constatar que, eso de estar a las carreras, sin consideración alguna por los demás, acarrea sus inevitables consecuencias, que llevadas hasta el absurdo, ponen de manifiesto –como en caricatura– el sin sentido de la pasión compulsiva del presente: esa urgencia por hacer todo, de modo tan acelerado que impide conservar y consolidar tanto sus objetivos más inmediatos como sus cometidos de mayor alcance.

Es precisamente cuando Don Prisas se quiere dar un gusto a sí mismo, el de irse de vacaciones, cuando se inicia la acción: tras algunas intenciones de dizque ponerse al servicio de los demás (pero enten-



## La magia de ser niño

diendo aquello de “trabajar” como obtener el dinero que uno necesita, a través de realizar acciones aparentemente encaminadas a satisfacer a los demás) queda claro que su realización no lo lleva, de ninguna manera, a lograr complacerlos; lo fundamental es que esto se basa en el hecho de que él mismo no consigue nunca estar a gusto con lo que hace: no se satisface en lo personal ni para comer, ni al asearse, ni para preservar su seguridad y menos aún para socializar con los demás. No se da el tiempo requerido ni siquiera para saludar a quienes se topa en el camino, entre los que destaca, por supuesto, y no tan casualmente a Don Contentón.

Así, ya laboralmente hablando, lo vemos dejar azorados a los pasajeros que no logran abordar el camión que estaban esperando en la parada, cuando Don Prisas intenta dedicarse a chofer; perturba después a las vacas (en el subsecuente intentado oficio) con la premura con la que pretende la ordeña de la leche, cuya producción requiere, por sobre todo, de paciencia. Los futuros comensales del restaurante al que se adscribe posteriormente acaban por delatarlo como una especie de antimesero que retira los platos inmediatamente antes de ser degustados.

Estoy convencida de que los niños nos ven, no rara vez, así, absurdos, equivocados respecto a las cosas más sencillas, más profundas y más disfrutables de la vida. Ver a Don Prisas frustrando a los adultos, que sí tienen en los hechos cotidianos –a diferencia



## El agujero de las sorpresas, diálogo entrañable

de los niños– manera de defenderse y reclamar, resulta cómico y, como tal, seguramente rayando en lo trágico de nuestra sabiduría adulta, con la que se supone que los vamos ilustrando en el proceso educativo.

El relato permite también asomarse, en cierta forma, a lo que experimenta personal y subjetivamente Don Prisas. Acercarse, palpar el otro lado de la experiencia misma, cobrar cierta perspectiva entre lo que sienten los protagonistas, reconociendo la perspectiva de cada uno de los involucrados y la forma en que en las interacciones se entremezclan sus parciales perspectivas hasta permitir, al final, una comunicación que ofrece a cada uno su lugar. Tal vez no es casual que la tarea inobjetable a la que Don Prisas termina por afiliarse, y muy eficientemente, sea la entrega de cartas urgentes, comunicaciones personales, de unos a otros, en un mundo enorme que los separa en los hechos por medio de la geografía y en lo interno con la enajenación de las prisas.

Se trata así de la actividad que le permite por fin alcanzar la meta anhelada de ir de vacaciones, de tirarse debajo de una palmera con sus lentesotes para el sol, muy bien puestos, ¡feliz! tras de haberse zambullido en el mar más de no se sabe cuantas veces y porque ya iban a dar las 7 de la mañana. Es decir: Don Prisas es Don Prisas aquí y en China, en sus vacaciones y donde esté, pues las toma a su manera, con el gusto de quien asume sus características personales



## La magia de ser niño

y les saca el mejor provecho posible, sufriendo a la vez las también inevitables consecuencias de sus propias y personales limitaciones. No hay en el escrito un ejercicio moralista del personaje sino, más bien, una comprensión graciosa de su carácter y circunstancias particulares. Creo que eso es lo que les muestra y divierte a los niños: así es Don Prisas y tendrá que gozar la vida aprendiendo a asumir sus consecuencias y limitaciones.

Don Travesuras, por el contrario, hace de las suyas, disfruta descontrolando a los demás para quienes todo lo que ocurre está fuera de lo que se podría esperar. Es el juego de las sorpresas, el no seguir contando con la monotonía de la cotidianidad. Así, Don Contentón aterriza en el suelo cuando pretendía descansar al llegar a casa, con la silla de la cocina hecha añicos. Don Glotón acude a un timbrazo fantasma sin encontrar más protagonista que la caja que contiene el aparentemente delicioso pastel, que termina por frustrar todas sus expectativas gustativas.

Ser travieso es precisamente eso, salirse de lo que los demás, tal vez especialmente los adultos, esperan que uno haga; es dejar la solemnidad y buen comportamiento de los dictados de la autoridad, y de la “buena crianza”, es ingenio y provocación ejercitados de día y de noche en un mundo aparentemente ya hecho en todos y cada uno de sus detalles, ese que les pretendemos enseñar, introducir y heredar. Hacer travesuras es subvertir el orden establecido



## El agujero de las sorpresas, diálogo entrañable

por el pasado, por la experiencia, es ejercer el derecho al propio ingenio, inventarlo todo de nuevo. Ser travieso es demostrar que no todo se resuelve igual siempre. Quitarle la varita al mago ocasiona, en el cuento, la confrontación con éste y sus poderes mágicos: el mago se pinta como más travieso aún que Don Travesuras a quien apretándole la nariz lo hace pronunciar perfectamente mal, lo que a los niños, por cierto, les encanta, es decir, se pone a la altura de ellos, ofreciendo su lección con las mismas armas: aplicadas a Don Travesuras, las travesuras del mago resultan mágicas porque también subvierten el orden establecido y así la silla se desintegra ¡cuás!; al llegar a casa, el helado sabe, ¡aj!, a jabón y la cama ¡uf! está completamente embadurnada de mermelada de fresa. No hay regaños ni explicaciones aburridas, al descubrirle la magia y por medio de seguir subvirtiendo el orden de las buenas costumbres, el mago acaba por convencer a Don Travesuras de cesar en sus actividades aventuradas, pero no por mucho tiempo, y por supuesto no “alterando su ser”, que... es el de seguir haciendo travesuras, sacar a Don Todo En su Lugar de sus cabales y cortarle (sin que se dé cuenta), la mitad del bigote.

Es precisamente la magia de ser niño, ver al mundo como tal, con sus expectativas de poder alterar el orden de lo establecido, de librarse de los líos “adultos” tal y como los encuentran. La invitación final de buscar por la ventana “un cuerpecito travieso



## La magia de ser niño

que debe andar por ahí”, es en el cuento el reconocimiento cabal del gusto, de la magia, de ser niños, la que nos entrega sin demoras el mensaje urgente del sin sentido de nuestro orden adulto tan lleno de prisas.